

augmentar este E. M., máxime existiendo muchos coroneles que nada habian recibido desde 1839, y á su virtud se concedieron empleos á discrecion desde la clase de sargento. Corriéndose la escala de la plana mayor general, se nombró un capitán general, 5 tenientes generales y 14 mariscales de campo. Esta prodigalidad proporcionaba muchos adeptos, á la vez que fué base de grandes injusticias, pues se dieron empleos á virtud de comprobantes falsos. Para recompensar á los hijos de títulos de Castilla y de familias distinguidas que corrieron á alistarse á la bandera carlista, no queriendo aquellos jóvenes seguir la carrera militar, se organizó con ellos una escolta real, asimilándoles con los guardias de Corps.

Realizados al fin los deseos de don Carlos de tener por consejero á don Antonio Aparisi y Guijarro, escribió este con acierto y aconsejó con oportunidad, aunque se mostró inocente á veces. Aumentóse el consejo en el que se encargó don Bienvenido Comin de la parte política y civil, Labandero de la Hacienda, Cevallos de la parte militar, y Elio de lo concerniente á Navarra y Provincias Vascongadas, con una comision que entendia en armamento y municiones.

La cuestion de recursos seguia siendo apremiante: don Carlos y doña Margarita empeñaron todas sus alhajas: el conde de Orgaz, que habia ya proporcionado cantidades considerables de su fortuna, propuso levantar un empréstito de 3 ó 4 millones de francos, dando su firma é hipotecando la mayor parte de sus bienes: los condes de Fuentes, de Samitier, de Robres, de Faura, el marqués de la Romana y otros, tuvieron este acto de abnegacion y buscaron banquero que lo hiciera, mas ninguno quiso admitir esta combinacion. El conde de Breda, agente secreto de Suecia y Dinamarca cerca de Napoleón, recomendó á Mr. Cramer, banquero del Papa en Amsterdam, que se encargaria de realizar un empréstito; se aceptó; hicieronse pagarés por valor de 10 millones de reales firmados por don Carlos, su esposa, Orgaz, Robres, Tamarit, Vallecerrato y Calderon, y tan mala suerte tuvieron estos pagarés, que cuando se necesitó dinero, por uno de 500,000 francos ofrecian el 44 por 100, y aceptada la oferta, al ir á realizarle se arrepintieron los que habian de dar el dinero. No habia mas remedio que recoger estos pagarés sobre los que nadie daba una peseta, y el negociador Mr. Lambert no devolvió mas que cuatro de los cinco, y gracias á la actividad y energía con que se procedió se le obligó á la restitucion de aquel pagaré. Fracasado el empréstito Cramer en Francia, en Holanda y en Alemania, convino este aprovechado banquero en colocarlo en España, donde desde luego se hicieron pedidos; pero al presentar su primera cuenta se abonaba la comision total como si todos los bonos estuviesen negociados: hubo que convenir en una transaccion por la que el banquero abandonaba el negocio, si bien abonándosele la comision total del empréstito. No podia ser mas oneroso el contrato en el que además del gran interés que se consignaba por sumas que no proporcionaba, se estipuló que todas las cantidades que por cualquier otro concepto percibiese don Carlos, ó cualquier otro préstamo que se le hiciese, se habia de referir al empréstito; de modo que, cualquiera que ofreciese ó diese dinero á don Carlos, se le habian de dar en cambio obligaciones del empréstito. Así Cramer y Breda cobraron una comision de mas de 9,000 francos por 75,000 prestados á don Carlos sin la menor intervencion de aquellos. Aun prescindiendo de que se autorizó la emision de 35 millones de francos y se emitieron 42, no pudo saberse lo que produjo el empréstito por ignorarse lo que se habia recaudado.

Incidió despues nuevo empréstito con el 25 por ciento de beneficio; luego otro de diez millones de francos, y otro posteriormente de cuya colocacion en el extranjero se encargó el señor Lasuen. Cabrera no pudo adquirir fondos por medio de empréstito, y recurrió á la suscripcion, á la que invitó á los capitalistas y propietarios carlistas, para que hicieran un adelanto reembolsable despues del triunfo de la causa. Nada de esto producía resultados lisonjeros, y para salir del apuro de pagar 19,000 fusiles comprados por Olazabal, pagóse una parte de ellos con dinero recaudado en la provincia de Gerona. Propusieronse empréstitos absurdos y hasta indecorosos; la escasez de recursos imposibilitaba á Cabrera proseguir sus

trabajos; don Carlos vivía con estrechez por haber dado cuanto tenia y haber empeñado sus rentas y joyas; solo se podian remitir en pequeñas cantidades las armas y municiones que se contrataban para la frontera de Navarra y de Cataluña (1); sin dinero era imposible contratar armas, porque habia que depositar previamente su importe, y considerándose que si Cabrera tomaba una parte activa en los asuntos carlistas, no faltarian recursos, se le enviaron emisarios, se hicieron esfuerzos de todo género, y se le presentaron los grandes elementos con que se contaba y de los que no se podia disponer por falta de dinero. No se pudo obtener el auxilio que se esperaba, y en cuanto á tomar la direccion de los negocios se excusó con la falta de salud y de fuerzas físicas é intelectuales.

Esta actitud de Cabrera desazonaba á don Carlos, y era el tormento de los carlistas que estaban en autos de lo que pasaba: la mayoría le consideraba interviniendo en todo, pues no podia ni aun figurarse que pudiera emprenderse la guerra sin aquel caudillo. Se insistió con tenaz empeño: Elio ofreció á Cabrera ser su segundo para servirle y ayudarle como tal: un duque legitimista francés se mostró dispuesto si Cabrera se ponía al frente de la causa carlista, á prestar 600,000 francos para armas y municiones, el mismo don Carlos corrió á Baden-Baden, donde aquel se hallaba, y le significó de palabra y por escrito que era llegado el momento oportuno de que tomara la direccion absoluta del partido y el mando en jefe del ejército, poniéndose desde luego á sus órdenes todos los jefes; nada podia convencer á Cabrera, y ofendido don Carlos al verle marchar reprobando cuanto se hacia, exclamó columpiándose en una mecedora: «Si no amas á España como yo la amo, pobre de tí; si no sirves á la patria como puedes, te fusilo lleno de tristeza, pero te fusilo.»

Hubo momentos de confusion en el centro carlista de Paris; dimitieron algunos consejeros; continuaron las negociaciones con Cabrera, quien creyendo variadas las circunstancias que le impedian tomar el mando y direccion de los negocios, no tuvo inconveniente en aceptar uno y otra desde luego, á pesar del estado de su delicada salud, por hacer por su patria y por su partido el último esfuerzo de una vida toda consagrada al triunfo del principio que don Carlos representaba (2). En otra carta expuso á don Carlos el delicado estado de su salud habiéndole prohibido los médicos montar á caballo por largo tiempo, fatigarse ni recibir emociones, y aunque conocia claramente lo que podia sobrevenir «de tomar hoy la direccion de los asuntos militares, y en su día ponerme al frente de las tropas, no dejaré de cumplir de la mejor manera que pueda, porque así lo he ofrecido á V. M.; pero siempre con las reservas de que ya tiene conocimiento, y entre ellas la tantas veces narrada de que el movimiento tenga lugar en condiciones racionales de triunfo, pues justo es que yo, si por los compromisos contraidos, puedo marchar y marcharé sereno á una muerte casi segura, procuraré evitársela en lo posible á todo español, si su sacrificio ha de ser inútil para el triunfo.»

Parecian zanjadas las grandes dificultades que se habian presentado; pero no lo estaban sólidamente. Don Carlos y Cabrera abrigaban mutua desconfianza: aquel creia que la aceptacion habia sido por compromiso y con ánimo de nada hacer y de gastar tiempo; Cabrera por desconfiar de don Carlos.

Este siguió trabajando secretamente por su cuenta. Al recibir un mensajero del marqués de Benavent, comisario régio de la provincia de Gerona, asegurándole la entrega de la plaza de Figueras, y exigiendo su presencia para tan importante adquisicion y para secundar el movimiento que debia verificarse en su favor, aunque Elio y los que consultó don Carlos trataron de disuadirle de tal viaje, temió se le juzgara cobarde y corrió á la frontera, donde nada habia preparado

(1) La conducta destinada á Cataluña, confiada al marqués de Benavent y á Tristany, cayó casi toda en poder de las autoridades francesas.
(2) Esta aceptacion fué con las condiciones de que si no podia evitar la guerra é hiciese dimision, se le admitiera en seguida, y una vez conseguido el triunfo de don Carlos, no se le pusiera inconveniente para retirarse con todos sus honores á Inglaterra ó á otro punto del extranjero.

para proteger ni secundar su entrada en España. Todos los elementos que tenian allí reunidos los carlistas eran unos 120 á 150 hombres entre oficiales y tropa, con 100 fusiles malos y sin un caballo (1).

No podia ser mas temeraria la empresa de don Carlos; esforzóse Ceballos por disuadirle enviándole mensajeros y marchando él mismo en su busca; le escribió que la conspiracion de Figueras se habia descubierto y estaban presos sus autores; que su permanencia en la frontera perjudicaba á la causa y atraía sobre su persona los mayores peligros y el ridiculo, suplicándole se volviese á Paris antes que se divulgase su salida, y el gobierno francés tomara serias providencias.

No desatendió don Carlos tan fundadas advertencias; pero creia poder impunemente pisar tierra española, puesto que nadie le habia conocido y podia conservar el incógnito. Al efecto, desde el establecimiento de los baños de Amelie, se dirigió el 11 de julio—1869—á España, hospedándose en la pobre rectoría de Montalba, en cuyo pueblo oyó misa por ser festivo. Sirviendo de guia el rector, vistiendo don Carlos gorro catalan y faja de seda, y acompañado de Tristany, Vallecerrato, Benavent (2) y un mozo con las caballerías, teniendo que andar casi siempre á pié por lo escabroso del terreno, se arriesgó á entrar en España, y cuando dijo el guia: *allí está*, señalándole á unos 40 pasos. «echó á correr el señor y todos tras él; y parándose de repente en su territorio, y desde donde se descubria un magnífico é impresionable panorama, tira al aire con toda su fuerza el gorro catalan para saludar á sus queridos catalanes, dando un grito aterrador de; viva España! sobre cuyo suelo se postró de rodillas, besándolo como si lo hiciera con una reliquia la mas sagrada. A su grito de; viva España! contestaron todos con el de; viva el rey don Carlos VII! y aquí fué la escena conmovedora con el cura de Montalba, guia de la expedicion, que apercibiéndose que habia tenido el honor de acompañar al rey de España don Carlos VII, se postró de rodillas bañando con lágrimas de gozo las manos de S. M. del cual no sabia desasirse, y diciendo que Dios le habia concedido la mayor dicha que podia esperar.— Desde este punto contemplaba el rey impresionado centenares de pueblos y caseríos españoles, teniendo á la vista el famoso castillo de Figueras y la muy liberal villa de Masanet, donde residia el comandante Roger, caudillo republicano de toda aquella comarca..... Comieron todos con la mayor alegría y tranquilidad bajo unas pequeñas encinas.... Concluida la comida, en la que hubo brindis, el rey saludó á su querida España, de la que con tanto sentimiento se despedia, disparando los seis tiros de su revolver, contestando con los suyos Tristany, Benavent y Vallecerrato. Levantóse acta de aquel suceso firmándola sobre una roca que servia de mesa, y los nombramientos de comandante para don Alfonso etc. etc. (3).»

Regresó don Carlos á Paris, guardando el secreto de la anterior excursion, y ordenó á Sala, comisionado por la provincia de Barcelona, para que los carlistas catalanes se pusieran de acuerdo con los comprometidos en Valencia y Madrid é iniciaran el alzamiento.

Al saber Cabrera la excursion de don Carlos, se volvió resentido á Lóndres sin pasar por Paris. Esto produjo tan graves disgustos que ocasionaron la muerte del conde de Fuentes.

Ofrecida la entrega á don Carlos de la plaza de Pamplona, se facilitaron algunos fondos, corrió aquel señor desde Fontainebleau, donde se habia establecido, á Azcain, al pié de los Pirineos orientales, para ponerse al frente del movimiento de Navarra, iniciado en la capital, que debia ser secundado en las demás provincias, avisando el conde de la Patilla que en Madrid y en Castilla estaba todo preparado; pero fué descubierta la conspiracion que debió haber comenzado por apoderarse de la ciudadela de Pamplona, y solo se efectuó el levantamiento de Sabarriegos en la Mancha. A pesar del fracaso se repitieron las órdenes para que ayudaran en las demás

(1) Los 500 vestuarios de infantería, 100 de caballería, sables, monturas, etc., que se habian mandado á la frontera, esperaban aplicacion.
(2) El doctor Vicente quedó enfermo en los baños de Amelie.
(3) Memoria inédita del marqués de Benavent.

provincias á Polo y Sabarriegos, á cuyo fin se fueron introduciendo en España algunas armas.

En tan supremos momentos clamaban muchos por Cabrera. Le escribió don Carlos, y contestó reprobando cuanto se hacia y vaticinando desastres, por el desconcierto é insubordinacion que imperaban en la frontera y en la Península; razones mas que suficientes, añadía, para que el ejército comprometido no se hubiese movido, y no habiéndolo hecho á la señal dada, ya no lo haria, acabando por exigir que se retirase don Carlos de la frontera, á un punto de Alemania, el mas lejano posible al teatro de los acontecimientos de España, si es que se habian de poder reanudar los trabajos tan bruscamente interrumpidos con la intempestiva marcha de don Carlos á la frontera y señalamiento del día para el fracasado golpe. Nuevamente escribió don Carlos á Cabrera para que se pusiera al frente del movimiento en Cataluña, y se negó por haberle prohibido los médicos hacer ejercicio á pié y á caballo, y ocuparse en cosa alguna que pudiera producirle la menor emocion, por todo lo cual presentaba su dimision. Aceptóla don Carlos esperando se restableciera pronto; mas no era cuestion de salud. Don Carlos hubiera llegado á entenderse con Cabrera; pero este no se podia entender con cierta parte del partido carlista que arrastraba á don Carlos.

Procuróse el movimiento en Cataluña, donde parecian grandes los elementos con que se contaba para efectuarle, contándose con poderosas promesas en el ejército; se aproximó don Carlos á la frontera de Cataluña, se hizo entrar una partida con Bosch, y se convenció en seguida de que eran nulos los elementos que habian estado encargados de reunir en aquel territorio el marqués de Benavent, Tristany y otros agentes. De las órdenes que se dieron á los diferentes jefes, solo Estartás y unos 200 hombres las cumplieron, entrando en España á pesar de las pocas probabilidades de triunfo. Cevallos aconsejó entonces á don Carlos la conveniencia de mandar retirarse á todos y hacerlo él á Suiza, evitando de este modo la vigilancia de la frontera, y poder introducir las armas compradas en Inglaterra para los guipuzcoanos y navarros, sin las que nada podian hacer, además de que no estaban debidamente organizados.

La dimision de Cabrera y cuanto sucedia produjeron un núcleo de descontentos en Bayona, que fomentaron las rivalidades, ocasionaron el cisma é introdujeron la discordia. Trató de conjurarla don Carlos, celebrando una junta en Bayona, á cuyas cercanías acudió; no creyó conveniente Aparisi y Guijarro que aquel señor asistiese á ella por si cometian alguna inconveniencia los que tan exaltados estaban por el mal éxito de los negocios, y pareciendo prudente el consejo marchó don Carlos á Ginebra.

CAPITULO V

Carta-manifiesto de don Carlos.—Partidas.—Direccion de Cabrera.—Junta de Vevey.—Levantamiento de nuevas partidas.—Proyectos y alianzas.

A pesar de las vicisitudes que ha tiempo experimentaba el partido carlista, no se habia quebrantado la fe de las masas: era el mismo su credo político. Don Carlos, sin embargo, queria exponerle; deseaba demostrar públicamente sus sentimientos y aspiraciones. Creia de este modo atraerse mas partidarios á la vez que afirmar las creencias de los que ya lo eran. No lo necesitaban estos, que veian en su rey lo personificación de todo un ideal político, si alguno tenian que no fuera el que defendieron sus padres, el que miraban como tradicional, condenando todo lo que este hubiera siempre condenado. Para ellos nada significaba el tiempo; nada el movimiento de la humanidad en su incesante marcha progresiva: en todos los sucesos veian, ó pretendian ver la continuidad de sus ideales por mas que á estos fueran aquellos refractarios y aun contradictorios. ¡Sublime fe! que solo tiene igual en la religiosa, participando de esta quizá por lo que á ella procuran ligarla.

Desechada la idea de que don Carlos hablara al país publicando un manifiesto, lo hizo en forma de carta dirigida á su